

Leila Simonen, *Contradictions of the Welfare State, Women and Caring. Municipal Homemaking in Finland*, Acta Universitatis Tamperensis ser A, vol. 295, University of Tampere, Finlandia, 1990, tesis de doctorado.

LOS PAÍSES NÓRDICOS, FINLANDIA entre ellos, tienen en común un Estado benefactor (EB) extenso y una amplia influencia del Estado en la vida de sus habitantes. En estos países el porcentaje de las mujeres asalariadas es de los más altos que se conocen: entre 66-79%. En otros países europeos accidentales fluctúa entre 33-59%. La participación femenina en el mercado de trabajo está apoyada por el Estado mediante servicios sociales (guarderías, trabajadores domésticos, etcétera) y otros medios de seguridad social, a los que cada quien tiene acceso en forma individual.¹

Las mujeres son independientes de la familia y del matrimonio y dependientes del Estado y de su propia posición en el mercado de trabajo. En el contexto internacional, los países nórdicos han sido “laboratorios experimentales” para desarrollar el EB avanzado y también para la igualdad formal de los géneros.

Del papel del Estado como empleador de mujeres y como proveedor de servicios, han surgido nuevos vínculos entre el mismo Estado y la mujer como ciudadana, profesional, empleada, consumidora y cliente. La distribución de funciones del EB ha dado lugar a una nueva división genérica del trabajo, ya que la reproducción humana y el cuidado siguen siendo responsabilidades de las mujeres, ya sea en los hogares o en el sector público.²

Por ejemplo, en Finlandia las mujeres forman dos terceras partes de los empleados públicos; los servicios rutinarios del EB (aseo, cocinar, etcétera) casi en un 100% los realizan las mujeres, pero también son mayoría entre profesionales o semiprofesionales (maestras, enfermeras, asistentes sociales, etcétera) y en cargos administrativos. La mayor parte de estos trabajos se han estereotipado como trabajos femeninos desde su comienzo.

Como señala Leila Simonen, la segregación del mercado de trabajo según los géneros también se observa en el Estado, puesto que la planificación y el control de los servicios estatales son trabajos de hombres. Y a pesar del excepcionalmente alto nivel de educación de las finlandesas, los salarios de las mujeres son sólo tres cuartas partes de los de los hombres.

Las mujeres mantienen al EB trabajando en condiciones que los hombres no aceptarían: salario bajo con un nivel alto de formación y de compromiso personal, lo que forma una precondition estructural para el EB nórdico y su economía.

¹ La ideología de la familia no es tan fuerte como, por ejemplo, en el sistema británico.

² Con lo público me refiero a lo estatal y/o lo municipal.

Además existe “el EB invisible”,³ que se basa en el trabajo no remunerado de las mujeres en la familia, entre vecinos, en asociaciones, etcétera, que ha apoyado la legitimidad y la ideología del EB cubriendo las carencias de los servicios públicos. La idea de que en los países nórdicos los profesionales del EB ya habrían sustituido el cuidado no remunerado, es un malentendido común. A pesar de la igualdad formal, no se ha tocado muy profundamente la legitimidad de la responsabilidad de las mujeres en la reproducción y el cuidado de los hijos.

Por otro lado, las nórdicas son sociedades de mercado de trabajo maduro en las que todos los adultos, mujeres y hombres, son sujetos de mercado, responsables de ganarse la vida, y cuando por razones de salud, edad, etcétera, se vuelven dependientes, el EB acude —parcialmente— en su apoyo. De este modo, existe una tensión permanente entre la subjetividad individual y la reproducción, sobre todo en la vida de las mujeres. Para resolver esta tensión, las mujeres han desarrollado estrategias sociales que en el modelo nórdico están basadas en el EB.

Estas contradicciones en el sistema se observan en la estructura y dinámica demográficas de población: en baja tasa de natalidad, en el crecimiento de la población anciana, y en la “crisis” de cuidado, que se manifiesta como carestía de fuerza de trabajo en este campo, pero que responde a un proceso profundo de individualización y de independencia de las mujeres en el mercado de trabajo, en el que éstas ya no están dispuestas a ser una reserva elástica y barata de cuidado.

Desde mediados de los setenta la crisis económica y la reestructuración del EB han creado nuevos retos económicos e ideológicos también para los países en Europa occidental. En Escandinavia, en la nueva situación ha surgido un debate sobre los límites del EB. Hay que preguntarse, si con la feminización de los sectores públicos y políticos, éstos pierden su poder en relación con el sector privado/económico donde siguen mandando los hombres. ¿Serán los países nórdicos capaces y estarán dispuestos a adelantarse en la política de igualdad de géneros? En este sentido otra vez estos países siguen siendo “laboratorios” interesantes.

La investigación femenina ha planteado nuevos análisis acerca de las implicaciones de las estructuras y los procesos inducidos por el EB desde la perspectiva de género y acerca del papel de las mujeres en la construcción del EB. Un grupo de 23 investigadoras feministas, con especialización de política social, sociología y ciencia política, trabajan en esta temática bajo el proyecto “El sistema de géneros del EB finlandés”, del que un resultado es la tesis de doctorado de Leila Simonen.

El objetivo teórico del proyecto es buscar conceptos y perspectivas para llenar las páginas vacías de la investigación acerca del EB finlandés. Las investigadoras han visto el cuidado como el concepto central para entender la realidad del trabajo de las mujeres en el sector público y en su vida privada, así como su función social.

Leila Simonen define el cuidado como trabajo en el que se juntan el trabajo manual (por ejemplo bañar a un anciano), mental (organizar y planear el trabajo) y emocional (escuchar, consolar, etcétera). Éste último es visto como una característica femenina “natural” y por lo tanto que no se paga ni se valora.

³ El concepto “EB invisible” es de la investigadora noruega Kari Waerness.

El cuidado social es una extensión de la maternidad, que se divide en biológica, política y social. La maternidad biológica se refiere a la reproducción humana, la política al cuidado no pagado de niños, viejos, enfermos u otros dependientes. La maternidad social se relaciona con la formación del EB y su división del trabajo por género, puesto que el trabajo asalariado de mujeres abarca el campo de cuidado.

Como ya hemos visto, en el contexto nórdico la maternidad social está organizada por el EB; en tanto que en los países occidentales restantes está a cargo de las organizaciones voluntarias. Las mujeres nórdicas han obtenido el acceso al mercado de trabajo extendiendo la maternidad política a la social sin que desaparezca la primera. Pero entre la maternidad política y la social Leila Simonen todavía distingue una "zona gris" del trabajo extra no pagado que una trabajadora doméstica municipal hace por sus clientes.⁴

En el análisis del cuidado, uno de los ejes centrales se refiere al control, que el discurso contemporáneo ha visto como la característica principal del Estado social. Según las experiencias de los varones, el Estado controla puramente su privacidad. Sin embargo, como mujeres hay que analizar si el Estado es un control o un aliado, o ambos a la vez.

Desde el punto de vista metodológico, la autora persigue una estrategia para escribir la historia de las mujeres que, por una parte, haga visible lo invisible de sus experiencias cotidianas; por la otra, aplique técnicas de investigación rigurosas —como la entrevista— pero que no objetivicen a los sujetos entrevistados.

Las investigaciones de la corriente masculina han definido el EB como un Estado económico para compensar los ingresos, y han analizado su papel en la dinámica de la economía nacional. La investigación feminista analiza en cambio al EB como un Estado de servicios y su papel reorganizador en la vida cotidiana de sus habitantes, los intereses contrapuestos de los géneros y el papel de las mujeres en la construcción y el funcionamiento del Estado.

Leila Simonen se acerca a esta problemática desde el punto de vista de las trabajadoras domésticas municipales. En la primera sección de su investigación se pregunta qué tipo de dinámica ha producido ayuda doméstica municipal como forma de maternidad social en el EB. Al analizar los documentos de las organizaciones voluntarias que organizaron esta ayuda desde los años treinta, y los documentos parlamentarios a partir de la segunda guerra mundial, encuentra que la historia de la ayuda doméstica ha sido una lucha de las mujeres para formar un EB que corresponda a sus necesidades.

En Finlandia, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se dio antes que en otros países europeos y quedó comparativamente menos marginada que en ellos. La institución del ama de casa no pudo establecerse por la rapidez de

⁴ Las trabajadoras domésticas se encargan de las labores cotidianas del hogar, aunque con límites de tiempo, ya que pueden tener varios clientes el mismo día. Obtienen su salario a través del municipio, del cual el Estado paga una parte. Los clientes pagan los servicios de acuerdo con el porcentaje del ingreso que perciben.

los cambios económicos. Fue así consecuencia de una tradición histórica y del desarrollo económico, no de una política igualitaria consciente. A la vez significó doble jornada para las mujeres.

La lucha por la ayuda doméstica fue iniciada por las organizaciones voluntarias de acuerdo con la ideología burguesa de educar a la mujer campesina pobre para unificar a la nación después de la guerra civil (1918). Pero también estaba la meta filantrópica de ayudar a esos pilares de la producción y la reproducción familiar en las granjas pequeñas, en un contexto general en el que los hombres trabajaban fuera de la granja.

Pronto llegó a ser una lucha de las mujeres de izquierda,⁵ para que el Estado simplificara su vida cotidiana, y también para cambiar la ideología de la ayuda. No pasó mucho tiempo antes de que esta lucha cruzara las fronteras políticas y las diputadas de derecha apoyaran esas ideas. Poco a poco también lograron el apoyo de muchos hombres, excepto unos pocos en la extrema derecha. Al mismo tiempo, los cambios rápidos de la industrialización y la urbanización, aumentaron la clientela hasta que desde 1966 la ayuda doméstica municipal se ha destinado a quien la necesita.

Otra inquietud de la investigadora es si las reformas sociales son represivas o emancipadoras para las mujeres, si el Estado es un opresor o un aliado de ellas. Aquí Leila Simonen mira el EB desde dentro, desde las experiencias del personal de ayuda doméstica. Y considera estas entrevistas muy importantes, ya que los documentos públicos más bien suelen esconder que hacer oír las voces de las mujeres.

De una manera muy cuidadosa y ágil la investigadora, muchas veces con la propia voz de sus entrevistadas,⁶ trasmite al lector(a) el contenido, la condición, las contradicciones entre la ideología del trabajo asalariado y la del cuidado y los cambios acaecidos en el campo del trabajo doméstico municipal. También toca temas como las rivalidades entre las mujeres, el hostigamiento sexual y los hombres que realizan este trabajo.

En Finlandia existen ya tres generaciones de trabajadoras domésticas municipales. Las primeras son las mujeres que han trabajado en este campo desde los años cincuenta, que ven su trabajo como vocación o misión de la mujer; las segundas conservan en parte esta idea, pero ya con algunos elementos de las terceras, que son las trabajadoras domésticas que ingresaron a fines de los setenta, y que ya tienen una identidad de trabajadora asalariada. Todas comparten la idea de la responsabilidad respecto de las necesidades de la persona cuidada y las de la relación entre esa persona y la que cuida. Sin embargo, su contenido ha cambiado. Las jóvenes ya no quieren jugar el papel de una "supermujer" ejemplar, ya no quieren ser sólo para los otros, como se percibe en las dos primeras generaciones.

⁵ Recordamos que en Finlandia las mujeres han tenido el derecho de voto y de ser diputadas desde 1906. Durante las últimas décadas, la cuota de las diputadas ha variado entre 27 y 34% en los países nórdicos, mientras que en otros países de Europa occidental oscila entre 3 y 17%.

⁶ No hay hombres entre las entrevistadas, ya que su cuota en el trabajo doméstico municipal es mínimo.

Las jóvenes ya no quieren jugar el papel de una “supermujer” ejemplar, ya no quieren ser sólo para los otros, como se percibe en las dos primeras generaciones.

Acerca del trabajo doméstico municipal, desde el punto de vista de las mujeres la investigadora concluye que, de un lado, este trabajo es una forma de control estatal en los domicilios privados y fortalece la división del trabajo por género. Pero también permite las alianzas entre mujeres, la emancipación, y fortalece su situación haciendo de los domicilios privados lugares semipúblicos.

A pesar de su punto de vista empírico restringido al trabajo doméstico municipal, el estudio de Leila Simonen es un aporte interesante e importante al debate de las relaciones entre el EB y las mujeres.

Eeva Koponen